



Asociación para el Estudio de Temas Grupales,
Psicosociales e Institucionales

ÁREA 3. CUADERNOS DE TEMAS GRUPALES E INSTITUCIONALES

(ISSN 1886-6530)

www.area3.org.es

Extra N°4 – Otoño 2021

Encuentros preparatorios de la III Asamblea Internacional de Investigación
en torno a la Concepción Operativa de Grupo

Reflexiones sobre el pasaje de la formación presencial a on-line en la escuela de Área 3

Raúl Cifuentes, Victoria de Felipe, Rosa Gómez Esteban,
Marta López Fdez-Escandón, Amelia Palancar, Violeta Suárez,
Federico Suárez y Antonio Tarí.

Los primeros momentos

El estado de alarma sanitaria por el Covid-19 fue decretado en España a mediados del mes de marzo de 2020.

Justo antes de proclamarse institucionalmente dicho estado de alarma, y el correspondiente confinamiento general de la población, el equipo directivo y docente de la Escuela decidimos comunicar la suspensión temporal de la formación presencial, por el alto riesgo sanitario que ya era evidente, a todos los alumnos.

Anunciamos también la habilitación en la web de la Asociación de un espacio de intercambio de materiales denominado “Cuaderno de Cuarentena”, aún hoy abierto, con el objetivo de ayudar a pensar las difíciles circunstancias en las que nos encontrábamos, aportando materiales prácticos y teóricos que pudieran servir a tal fin.

Poco después, los equipos docentes de los diferentes Cursos y Módulos convocamos a los alumnos para proponerles pensar juntos la situación que estábamos viviendo y decidir sobre el futuro de cada curso. Como Escuela, nos parecía importante sostener un pensamiento compartido sobre la tragedia que nos asolaba mientras encontrábamos alguna claridad sobre la mejor manera de continuar la actividad formativa tan dramáticamente interrumpida. Así pues, enviamos el mismo comunicado a todos los cursos/grupos y los convocamos separadamente a un primer encuentro a través de la plataforma Zoom.

En esta primera reunión el clima resultó muy emotivo en todos los grupos. Se intercambiaron las diferentes situaciones que cada cual estaba viviendo en su entorno familiar y laboral y se expresaron los sentimientos de pérdida, de dolor y de perplejidad por lo desconocido de la situación y la incertidumbre que supone. Muchos de ellos estaban realizando teletrabajo, atendiendo por vía telemática o telefónica a los pacientes o usuarios de los diversos dispositivos asistenciales en los que trabajan -en general para la atención a la enfermedad mental- dado que los Centros estaban cerrados. Se mostraban perplejos por todos los cambios que se estaban produciendo en su vida cotidiana, pero mantenían la esperanza de que sería algo pasajero.

Ya en esta primera reunión, y en algunas otras que la siguieron, los alumnos lamentaban la falta de apoyo que sentían de las instituciones en las que trabajaban, por la ausencia de normas claras sobre las prioridades u objetivos inmediatos en aquéllos momentos, por el sentimiento en algunos casos de quedar “sin tarea” al romperse los encuadres de trabajo habituales, por la sobreexigencia en la que se convertía el trabajo a distancia -en una disponibilidad de 24 horas al día-, por la dificultad o ausencia de espacios para reflexionar colectivamente sobre la situación institucional y el qué hacer de los equipos... Unas instituciones que, en general, no han “acogido” sino “exigido”, que no han sido capaces de responder a la necesidad de sostén de sus profesionales, lo que ha determinado en éstos de manera importante el modo de enfrentar y vivir la pandemia.

Este abandono de la institución a sus profesionales era reflejo también del abandono hacia los usuarios, en medio del desconcierto que la pandemia estaba produciendo. Y, aún más ampliamente, del sentimiento en general de “no haber estado a la altura” de las circunstancias que las instituciones de los diferentes ámbitos del Estado –nacional, autonómicos y locales- transmitían hacia los ciudadanos (excepción hecha del personal sanitario de las unidades de cuidados intensivos, convertidos en “héroes”).

En los equipos de trabajo se producían divisiones, entre “los que seguimos trabajando” y “los que están de baja”. Hubo muchas bajas de tipo preventivo en los primeros meses de la pandemia, por haber estado en contacto más o menos cercano con posibles infectados; “cercanía”, o posibilidades de riesgo de contagio, que se determinaban de modo poco riguroso, con el miedo al virus casi como único criterio. Situaciones éstas que han hecho daño a los equipos de los centros asistenciales y a sus profesionales.

En su gran mayoría los alumnos se mostraron reticentes a continuar de forma no presencial la formación, manteniendo la ilusión de que en un tiempo más corto que largo se podrían retomar las reuniones presenciales. Parecía impensable que la formación tuviese que hacerse de otro modo, prefiriendo mantenerla en suspenso hasta que fuese posible retomar los encuentros presenciales. Esta dificultad para asumir que la situación pandémica pudiese alargarse de tal modo, suponía una negación de la gravedad de lo que estaba pasando.

Aunque algunas personas se mostraban dispuestas a continuarla on line, otras, la mayoría, argumentaban no tener las energías necesarias ni la cabeza disponible en esos momentos, y en esas circunstancias, para el esfuerzo que la formación requiere. Sí era clara, para todos, la necesidad de mantener el vínculo entre ellos y con nosotros de alguna manera, para poder contar con una referencia desde la cual tratar de enfrentar la situación.

En el equipo de dirección de la Escuela ratificamos que estas reuniones informales, diferentes, donde los coordinadores de los grupos/cursos no desempeñábamos el rol habitual, eran pertinentes para sostener el vínculo con los grupos de formación, que constituían un importante espacio de apoyo para los integrantes ante su trabajo institucional en esos momentos y que favorecían la cohesión grupal. También, pensamos, constituyen en sí mismo estos encuentros el momento de un aprendizaje distinto, práctico, imprevisto, de nuestro ECRO ante una situación de crisis pandémica como la que estábamos viviendo: la adaptación a la situación de Covid.

A la vista de la evolución de la situación sanitaria, y resultando ya evidente la imposibilidad a corto y medio plazo de poder reanudar los cursos en el formato inicial, decidimos que era el momento de retomar la formación de modo virtual, adaptando el calendario y ajustando los encuadres en lo necesario, de la manera que se acordase. Así se lo comunicamos a los grupos. En esta ocasión la propuesta de continuar la formación online fue bien acogida, y parecía coincidente con el deseo de los alumnos de no alargar más esta interrupción. Manifestaron también la esperanza de que, al menos una vez antes de finalizar los cursos, pudiésemos encontrarnos y abrazarnos (puede ser que esta esperanza de que la decisión de retomar la formación en modalidad virtual sería provisional, favoreciese la casi total adhesión a la propuesta de cambio). En todos los cursos se acordó el nuevo calendario, que desplazaba su finalización del mes de junio a fin de año. También se acordó, en todos ellos, dividir los encuentros mensuales y transformarlos en dos quincenales, con el mismo formato de información-grupo. Se alegaba el cansancio que produce el encuentro a través de la pantalla, experiencia compartida también por los equipos coordinadores.

Para mejor entender el cambio producido en el encuadre temporal, habría que explicitar que la formación básica que realizamos se desarrolla a lo largo de tres años, en encuentros intensivos de 5 horas de duración un sábado al mes, de septiembre a junio. La didáctica de nuestra Escuela es la desarrollada por Pichon-Rivière y que aprendimos de Armando Bauleo: información (o clase teórica) y grupo con coordinación, observación y lectura de emergentes media hora antes de finalizar. En este caso, es una hora de información seguida de hora y media de grupo coordinado, con unos minutos de descanso entre ambos momentos. Así pues,

el encuentro intensivo –dos sesiones separadas por media hora de descanso- que se realiza presencialmente una vez por mes, fue dividido en sesiones quincenales virtuales de dos horas y media cada una. Lo mismo ocurrió en el Módulo de Psicoterapia Grupal, de un año de duración, que se desarrollaba en aquellos momentos.

Solamente una persona no aceptó continuar la formación en un formato diferente. Su rechazo a lo virtual era la causa manifestada, junto a otros elementos de alta sobreexigencia en lo laboral que podían sugerir una fuerte necesidad de apoyo en aquellos momentos que, tal vez suponía, no podría obtener a través de los encuentros virtuales. Al finalizar estas reuniones de transición abandonó la formación. No obstante, pidió al equipo coordinador la posibilidad de conectarse unos minutos en la primera reunión del nuevo encuadre para comunicar personalmente su decisión al grupo y despedirse. El equipo coordinador estuvo de acuerdo y le asignó los últimos diez minutos del tiempo de información previa al grupo en ese primer encuentro con el nuevo encuadre.

Nos consta que haber mantenido esta comunicación virtual de tránsito entre los dos encuadres, ha sido un modo de acompañar y sostener el vínculo con los alumnos, y con los grupos, en estos difíciles tiempos que nos ha tocado vivir.

Visto desde la distancia, creemos que estos encuentros nos han permitido, a ellos y a nosotros, tener el tiempo y el espacio necesarios para hacer la elaboración que requería este pasaje y así continuar el proceso formativo. Proceso que se ha visto atravesado de modo significativo por esta situación global.

Y para reflexionar sobre qué tipo/s de atravesamiento/s se puedan estar dando y qué cambios haya provocado la ruptura del encuadre inicial, nos propusimos, junto con la Escuela Bleger de Rimini y la Escuela de Psicología Social del Sur, y en el seno de las reuniones del Grupo Internacional de Investigación sobre la Pandemia, estudiar los emergentes de las dos primeras sesiones habidas en la modalidad online. Esta investigación parece haberse desplazado hoy, al tiempo que ampliado a otras escuelas, al contexto de las reuniones preparatorias para la III Asamblea Internacional en torno a la Concepción Operativa de Grupo que, esperamos, pueda desarrollarse presencialmente en el otoño de 2022.

“Si no es presencial no es Grupo Operativo”

Vamos a entrar enseguida a apuntar cuestiones del encuadre y otros elementos de la dinámica observada en las primeras reuniones virtuales, pero ahora queremos dejar señalado un aspecto que se planteó como dificultad para aceptar la formación online por parte de algunos alumnos y que fue motivo de discusión y dudas por parte del equipo directivo y de los docentes de la Escuela: hasta qué punto el dispositivo “on line” desvirtúa la transmisión del ECRO pichoniano en la que lo experiencial es, así pensamos, central. Hasta dónde la experiencia virtual desnaturaliza la relación vincular.

Si esto fuese así, sería congruente, al menos, reducir los honorarios. Lo económico sería un analizador de la diferencia entre lo presencial y lo virtual.

Es la primera vez que nos enfrentamos a una situación así. Nosotros no nos habíamos planteado hasta ahora en ningún momento la realización de grupos virtuales coordinados con técnica operativa, por lo que este pasaje de lo presencial a lo virtual era un reto que decidimos afrontar. Pensamos que nos abría un campo para la investigación y el desarrollo de nuestro ECRO.

No quisimos reducir el importe de los honorarios de los cursos y módulos que ofrece la Escuela, como algunas voces nos sugerían, aceptando con ello que lo virtual sería, efectivamente, una versión devaluada de la formación presencial. No lo haríamos sin antes disponer de argumentos que nos resultaran convincentes; sin una experiencia que nos ayudase a comprender por qué lo haríamos. Asumimos, por tanto, que el mensaje que implícitamente lanzábamos con esta decisión de mantener los mismos honorarios era que no creíamos estar ofreciendo una versión “devaluada” de nuestro esquema referencial.

En algún momento nos preguntamos si esta idea de que “si es online no es un grupo operativo”, no podría ser una fantasía temida compartida por integrantes y coordinadores. La experiencia, escasa, que íbamos obteniendo en los encuentros virtuales con los distintos grupos, que hemos relatado anteriormente, el uso de la plataforma Zoom –que algunos ni siquiera conocíamos antes de esta emergencia-, nos hacían “ver” –sentir, pensar- que era posible trabajar, que si había “pérdidas” también había “ganancias”... que no era posible descartar, ni mucho menos, esta “nueva” forma de trabajar... sin investigarla más a fondo. Ahí surgió nuestra propuesta de investigación, que compartimos con otros compañeros y con otras Escuelas.

Creemos que fuimos capaces de sostener la idea de que, en todo caso, estábamos ante una situación que era necesario investigar y no dar por hecha la supuesta “devaluación”.

La cuestión principal que marca la diferencia entre lo presencial y lo virtual es el cuerpo, su presencia o su “ausencia” y compartir un mismo espacio físico. Estas cuestiones constituyen el tema central de nuestras reflexiones, y volveremos sobre ello más adelante.

El inicio de la investigación

Como se ha dicho, reunimos los emergentes de las dos primeras sesiones virtuales de los tres grupos de formación básica, más los correspondientes al módulo de psicoterapia. Todos ellos habían empezado su trabajo en formato presencial y vieron interrumpida su labor por la pandemia.

Pero tuvimos oportunidad de comenzar un nuevo curso de formación básica, el primer nivel, directamente en modo virtual, y nos pareció que la observación de las dos primeras sesiones de este nuevo grupo podrían ayudarnos a pensar, en contraste, lo que habría significado la ruptura del encuadre en los otros cuatro grupos. Así, partimos como material para nuestro trabajo con los emergentes de las dos primeras sesiones de cinco grupos diferentes.

Los equipos coordinadores de cada uno de estos cinco grupos escribieron sus observaciones y comentarios, que discutimos en algunas reuniones. De ellas, salieron algunos documentos/síntesis que recogían los aspectos relevantes formulando las primeras hipótesis provisionales.

Las primeras reuniones grupales con los alumnos estuvieron marcadas por la extrañeza del nuevo medio –la aplicación Zoom- que constituiría a partir de ese momento el “espacio” de nuestros encuentros. Extrañeza que sintetizaba todas las otras extrañezas que la situación de pandemia producía en prácticamente todos los ámbitos de nuestra vida familiar, laboral... Y también por la tristeza.

Es como estar a medias... es difícil encontrar el modo de ubicarse y participar... me siento un poco descolocada, también en la vida, la verdad... todo es raro...

Pero junto a ello, también se experimentaba alegría por haber podido encontrar la forma de continuar, por el reencuentro con el grupo, por *reconectar*...

Hemos encontrado la forma de seguir juntos, sin contagiarnos... somos un grupo... estamos trabajando mejor de lo que esperaba...

Ciertamente, pronto descubrimos todos, alumnos, docentes y coordinadores que en el nuevo espacio que tratábamos de habitar era posible trabajar... mejor de lo que esperábamos.

Alegría mezclada con tristeza y también con rabia por todo el dolor sentido, por todas las pérdidas habidas, por el descuido, cuando no maltrato, institucional sufrido, porque la pandemia nos ha *secuestrado en casa* y nos ha *arrancado cosas*.

Enfrentan un proceso de *ensamblaje* de todo, de volver a plantearse *cómo intervenir en lo externo*, *cómo reubicarse y participar*... cómo volver a sentirse profundamente parte de algo que nos permita sobrevivir al dolor, a la pérdida y al sentimiento de aislamiento y soledad que está provocando esta pandemia.

Para el nuevo grupo, que no sufrió la ruptura del encuadre, saber que están comenzando su formación “online” a causa del Covid parece producir emoción y generar cercanía. De no ser por esta circunstancia la formación habría sido presencial. En este grupo, por lo demás, lo que observamos es que se trabajan expectativas y temores propios del inicio de un grupo. El Covid los lleva a tener que encontrarse en un espacio virtual, pero no ha roto ningún vínculo previo entre ellos. Con todo, el Covid parece formar parte de la constitución mítica del grupo que comienzan.

Una discusión pendiente en este punto sería si la formación de grupo operativo online tiene como efecto que el aprendizaje, el discurso sea menos afectivo, más racional, más cognitivo, debido a que la ausencia de los cuerpos reduciría la expresión de la afectividad. Necesitaríamos el cuerpo del otro para que nuestras emociones no caigan en el vacío. Pero

también observamos en otros grupos online que el foco está más puesto en lo emocional. Cómo juega en esto el hecho de que en unos grupos los integrantes se conocieran previamente, y en el otro no, es algo que no tenemos claro y que debemos seguir observando.

La ruptura del encuadre

Sintetizando lo dicho, el nuevo encuadre ha mantenido sin cambios respecto al anterior la **tarea**, los **programas formativos** y los **honorarios**.

Sobre los **tiempos**, se ha mantenido el de la **sesión**: una hora de información y hora y media de grupo coordinado, con coordinación, observación, y lectura de emergentes media hora antes de finalizar. Pero se ha modificado la **frecuencia**, que ha pasado de ser mensual a quincenal. También ha cambiado el **calendario** de cada Curso o Módulo, terminándose cinco o seis meses más tarde de lo inicialmente previsto, motivo por el cual se ha tenido que introducir una pausa veraniega de más de dos meses, inicialmente no contemplada.

Respecto a los **roles**, se mantienen los mismos: **integrante** y **coordinación**, con una subdivisión de esta última en **coordinador** y **observador** con lectura de emergentes. No obstante, nos planteamos que el hecho de estar todos viviendo una experiencia inédita añada, o tiña, la participación en el grupo, desde los diversos roles, de una tarea nueva: la investigación. Habrá que observar cómo esto planea sobre el desarrollo grupal.

Finalmente, el **espacio**. Aquí es donde el encuadre ha sido roto más radicalmente. El **aquí-ahora-conmigo** pichoniano no es el mismo, porque “aquí” es el ciberespacio, que no deja de ser un “aquí”, pero muy distinto al anterior.

Por dónde seguir

En nuestra última reunión para definir ante los compañeros de la “III Asamblea Internacional en torno a la Concepción Operativa de Grupo”, en qué momento estamos y qué rumbo parece que va tomando nuestro trabajo, señalábamos que nos interesa estudiar el pasaje, obligado por las circunstancias pandémicas, del grupo de formación presencial al grupo de formación “online”. Remarcábamos que participamos, como coordinadores o como integrantes, en unos encuentros grupales desde los lugares en los que cada uno se encuentra confinado mientras dura el estado de alarma sanitaria. No elegimos libremente hacer formación “online”, sino continuarla por el único camino posible en estas circunstancias.

Desde esta posición, decíamos, son muchos los aspectos posibles a observar, pero hemos pensando centrar nuestro trabajo en los siguientes:

- El cuerpo. Su presencia-ausencia. Cómo juega el cuerpo en lo presencial y en lo virtual.
- El espacio. El espacio físico y el espacio virtual. El espacio íntimo y el espacio compartido.
- La pérdida –del cuerpo, del espacio,...- en lo virtual respecto a lo presencial. La elaboración del duelo. La pérdida “ambigua”.

Sobre el cuerpo, el espacio y las pérdidas

La pérdida de la presencia física en el encuadre grupal virtual aparece como el elemento más relevante de la nueva situación.

Sin embargo, hay otra forma, virtual, de estar presentes. Otra presencia, diferente, en un nuevo espacio que nos contiene, el ciberespacio.

En los encuentros grupales en el ciberespacio sabes que el otro está ahí al mismo tiempo que tú, en este mismo momento, lo ves y te ve, lo escuchas y te escucha. La imagen y el sonido de los cuerpos es inmediata. Pero no hay, ni puede haber, contacto físico. Por tanto, nada sabemos del olor del otro, de lo que nos transmite el tacto, textura de su piel, calor... con todo lo que eso evoca en nosotros.

Habría varios abordajes o acercamientos posibles para trabajar este tema de la pérdida del cuerpo del otro implícita en lo virtual, complementarios e interconectados.

Uno tiene que ver, como lo formula Gladys Adamson, con el estudio del muy primario nivel de vinculación inconsciente con el cuerpo del otro significativo que se da en el vínculo presencial. “Vinculación respiratoria y dérmica donde participa también la voz (el grito dirigido a la madre)”, como lo llama Pichon-Rivière. La pérdida del “cuerpo a cuerpo” y el impacto traumático que ello tiene en nosotros y en nuestro propio cuerpo.

Otro abordaje posible del tema sería centrarse en estudiar las características del duelo que conlleva esta pérdida del cuerpo del otro en lo virtual, para lo que habría que determinar previamente qué es lo que se pierde... porque no es al otro totalmente, sino su presencia física cerca de mí –al alcance de mi mano–, ya que el otro sigue estando ahí presente, de alguna manera, al otro lado de la pantalla. Es esto lo que nos lleva a pensar que sería útil estudiar esa pérdida, y el duelo correspondiente, desde el ángulo de la “pérdida ambigua”, es decir –Pauline Boss– cuando no hay un final, lo que se acompañaría de ciertos ritos de despedida.

Podríamos añadir, sobre este tema del duelo, que en el grupo se daría la necesidad de elaborar varios duelos. Por la pérdida de la presencia física del otro, sí. Pero también por otras pérdidas fuera del grupo, como la que implica la ruptura de la cotidianidad y la necesidad de construir nuevas rutinas: usar permanentemente mascarillas, extremar las medidas de higiene, usar gel hidroalcohólico, mantener una distancia física con nuestros semejantes, no ver físicamente a nuestros familiares o amigos, o estar continuamente compartiendo espacio y tiempo con quienes integran nuestro grupo de convivencia cuando se teletrabaja...

También pensamos que contribuye al carácter ambiguo de estas pérdidas la posibilidad de que aquello que ahora parece perdido pueda ser recuperado a corto o medio plazo (“la

pandemia pasará y todo volverá a ser como antes”). Es justamente esta posibilidad de recuperar lo perdido lo que dificulta la elaboración de los duelos.

Por otro lado, podríamos acercarnos al tema desde el punto de vista de lo que desencadena la ruptura de un encuadre tal como lo planteara Bleger, es decir, cuando eso “mudo” depositado en el encuadre queda sin soporte porque éste se rompe. Y es entonces cuando “habla” y es posible conocerlo, analizarlo. El metaencuadre, la parte nuestra más indiscriminada, que necesita estar inmovilizada en el encuadre para que podamos poner en juego y desarrollar nuestra sociabilidad por interacción.

Desde esta perspectiva, la ruptura del encuadre sufrida por el grupo ofrece una oportunidad para visualizar aspectos sincréticos que se han movilizad o a causa de ella.

También tendríamos la oportunidad de observar si el nuevo encuadre virtual ofrece las mismas posibilidades de inmovilidad a nuestros núcleos sincrético que un setting presencial. Por ejemplo, ya expresamos anteriormente nuestra hipótesis de que aquélla integrante de uno de los grupos de formación de la Escuela que decidió no continuar su formación en forma virtual, podría sentir que sin la presencia física de los otros no tendría la contención que creía necesitar... cuando un bebé llora en la noche ¿encuentra consuelo si le hablamos a través del walkie talkie que cuelga de la cabecera de su cuna, o tenemos que levantarnos y tratar de tranquilizarlo tocándole, abrazándole, dando con ello otro “cuerpo” a nuestras palabras?. La mediación tecnológica no serviría para ciertas cosas, aunque parecería que sí para otras.

El espacio. Este nuevo y extraño “lugar” en el que nos reunimos: el ciberespacio. Requiere disponer de ciertos medios técnicos, como una conexión a Internet razonablemente rápida y estable, un equipo informático adecuado, y aprender ciertas habilidades para el manejo de los programas necesarios si no se está familiarizado con ellos.

Se introduce una “mediación tecnológica” en la relación con los otros, hasta ahora inexistente. El aprendizaje del uso y manejo de esta herramienta informática instalada entre el otro y yo, entre los otros y yo a partir de ahora, puede plantear ciertas “dificultades”. Nos hemos preguntado por la índole de estas dificultades. Si correspondería hablar de “dificultades” técnicas o sería más adecuado entenderlas como “resistencias” a la tarea. Algunas manifestaciones recogidas hablan de haber experimentado verdadera “angustia” ante el hecho de apretar los botones necesarios en el aplicación que se esté usando para conectarse a la sesión grupal... también sabemos que aunque en las primeras reuniones haya habido algunos errores o dificultades por falta de conocimiento del medio utilizado –no es igual, por ejemplo, el manejo de la misma plataforma en el ordenador de sobremesa, que en una tablet o que en el teléfono móvil-, éstas, en general, se han visto rápidamente subsanadas tras los primeros encuentros, pero, sin embargo, en otros casos, persisten... ¿cuándo dejan de ser dificultades técnicas y pasarían a ser manifestación de resistencias?. Hay que tener presente que el uso de tecnología como mediación en la relación con los otros representa un cambio en el modelo de relación conocido, lo que provocaría las correspondientes resistencias.

El ciberespacio evita desplazamiento físico y contacto, con lo que hace “segura”, desde el punto de vista de la prevención sanitaria de la pandemia, la relación. No te contagias, no tienes que salir de casa. Y esto tiene también su parte... complicada.

Una de estas “complicaciones” tendría que ver con la mayor dificultad para recortar lo que constituye el **espacio común grupal**. Ahora **no sales** de tu casa **para ir** al lugar donde el grupo se reúne, sino que te conectas con el grupo desde tu casa... ¿el grupo entra en tu casa? ¿tu casa entra en el grupo?... Parece más difícil separar el espacio familiar de cada uno, del espacio que corresponde al grupo de formación. ¿La “intimidad” del grupo se puede ver amenazada? ¿la “intimidad” de tu casa se vería invadida por el grupo?

Es cierto que el ciberespacio desterritorializa (Raúl Vaimberg) lo que abriría nuevas posibilidades para el establecimiento de vínculos en la red. Pero también es cierto que, en grupos pequeños que vienen ya realizando una tarea formativa o terapéutica, te “territorializa” en tu casa y ello implica, como estamos observando en los grupos de nuestra Escuela, una nueva situación de pérdida en los vínculos, que se desarrollan no solamente en el espacio grupal, sino también fuera de él, en los desayunos compartidos o en otros momentos no reglados posteriores a la sesión.

El espacio en el formato presencial tiene además una característica profundamente distinta del formato virtual. En las reuniones presenciales el encuentro se da en dos planos: uno formal, incluido en el encuadre, el espacio en el que los integrantes ocupan un sitio, con su cuerpo en la silla, en círculo, con un comienzo y un fin marcado por el tiempo del encuadre y que tiene lugar bajo la mirada del equipo coordinador.

El otro plano es el del encuentro informal, también en el mismo espacio físico, o en los “alrededores”, en el pasillo, en el jardín antes de entrar, o en la misma sala, de pie, moviéndose en el espacio para encontrarse con el otro, preguntar cómo le fue, comentar algo de la vida cotidiana... Es un tiempo/espacio que tiene lugar “fuera” del encuadre y de la mirada del equipo de coordinación.

Los integrantes de los grupos virtuales han manifestado la ausencia de este “espacio informal” como una pérdida importante.

¿Podemos pensar este espacio informal como un aspecto “mudo” del encuadre que se pone de manifiesto ante este cambio obligado?

¿O quizá como un aspecto “colateral” del encuadre que ha sido mudo hasta que su desaparición ha mostrado su importancia?

¿Qué lugar tiene este espacio en la construcción de la cohesión grupal, de la pertenencia, de la mutua representación interna?

Resulta más difícil pensar que hay un espacio común, compartido. Sentir la “piel” del grupo. ¿La presencia del cuerpo hace más real una “intimidad”?

Por el otro lado, hemos observado que esta situación de pérdida del espacio compartido desarrolla una mayor cohesión grupal. El grupo, si la ruptura del encuadre no lo disuelve, sale reforzado en su cohesión, para protegerse del enemigo externo que ha atacado el encuadre. Pero no veamos aquí solamente un movimiento “hacia delante”. Lo será si se logra elaborar la situación latente. Ello es así porque esta cohesión puede hacerse en detrimento de la discriminación lograda en el grupo hasta ese momento, configurando una especie de regresión a un momento más indiscriminado, más fusional, que garantizaría supuestamente una mayor protección ante el temible enemigo externo que ha atacado al grupo: el Covid.

Sigamos. En todo caso, es motivo de observación por parte de la coordinación cómo cada participante gestiona su presencia virtual. Hay quienes eligen no mostrar nada del lugar donde están, situándose contra un fondo blanco, una pared, sin objetos visibles. Otros parecen no mostrar ninguna preocupación al respecto. Aún otros pasan mucho tiempo de la sesión con la cámara apagada, mirando sin ser vistos. También hay quienes quieren compartir con las demás cosas suyas, que están ahí, cercanas: sus hijos, su gato... Todo ello son nuevos elementos a incluir en la observación de la dinámica que lo virtual posibilita. Elementos ante los que, inevitablemente, cada uno tiene que decidir qué hacer: mostrar u ocultar.

Pensábamos que por las características técnicas del dispositivo utilizado –plataforma Zoom en nuestro caso, pero es muy parecido a lo que ocurre en las demás plataformas para videoconferencia- algo que ya no es posible observar es la colocación de los integrantes en el espacio grupal, su ubicación espacial. Porque en el grupo virtual ya no es posible observar –porque no se tiene la opción de elegir- qué ubicación de las posibles en la sala de reunión escogió cada integrante, al lado de quién se puso, de quién se quiso alejar, de quién quiso ponerse enfrente, a qué “distancia” eligió situarse del coordinador –o del equipo coordinador-... Todo lo que estas cosas “dicen”, del integrante, y del grupo.

Sin embargo, podríamos afirmar que cada uno “ocupa” un sitio en el grupo virtual, relacionado con el fondo que aparece en su pantalla. Si en una reunión un integrante tiene otro fondo, o está en otro lugar, se nota, se percibe, como si un día, en un grupo presencial, un integrante se sienta en un lugar diferente al que ocupa habitualmente. Los otros integrantes preguntan por el cambio.

La pantalla del ordenador coloca aleatoriamente la imagen virtual recortada de las personas que participan del encuentro. Las fantasías que se promueven son diferentes a la que se producen en el grupo presencial... porque también hay en lo “online” una fantasía... respecto al ser visto –quién te mira, qué mira de lo que estás mostrando- y existe también la posibilidad de “mirar” sin ser visto mirando...

Pero ¿cómo observar lo que puede ser observado de todo esto? Resulta obvio que la coordinación “online” de un grupo requiere un **aprendizaje** por nuestra parte. Es necesario aprender a “mirar” lo que la pantalla nos muestra. Tal vez esta exigencia de un aprendizaje puede explicar en parte el rechazo que, “de entrada”, produce en algunos coordinadores el trabajo online.

Porque entonces podríamos suponer que es lo expresado, lo verbal¹ –o el silencio- lo que pasaría a ocupar el lugar más central para observar la **participación de los integrantes**. La mirada, los gestos, los movimientos corporales... quedarían parcialmente fuera de la posibilidad de nuestra observación. No totalmente, algunas “miradas”, algunos ojos “hablan”, expresan emociones que son perfectamente perceptibles, como también las expresa el tono de voz, o el silencio.

Una de las cosas que permite observar esta “ubicación espacial de los cuerpos” en los grupos presenciales son ciertos momentos de angustia, que son visibles en la cara, o deducibles de algún movimiento y no necesariamente comunicados con palabras. El cuerpo también habla. Y hay ciertos “juegos” que, en este sentido, lo presencial permite, particularmente ante estos momentos de angustia que señalamos, para contenerla, como por ejemplo, proponer un cambio de lugares entre (algunos) integrantes, lo que modifica los que ellos eligieron en el inicio de la sesión (movilización física, corporal, que a su vez moviliza otras cosas internamente). O pedirle a un integrante que se coloque a tu lado, porque consideras que eso le puede ayudar, en ese momento, a enfrentar la angustia que percibes en él, y que es una forma de contener con tu cuerpo. Todo esto no cabe en un grupo virtual. Si algo de este orden se observa, o se deduce, a partir de ciertas intervenciones o de ciertos silencios, deben ser tus palabras las que ¿sustituyan? a la propuesta de cambio de lugar. ¿Hasta dónde pueden las palabras sustituir satisfactoriamente ciertos “hechos” o “movimientos” del cuerpo –de los integrantes o de la coordinación- en ciertas situaciones angustiosas? Hablábamos antes del walkie talkie ante el llanto tal vez angustioso del bebé... dependerá de la edad que tenga... ¿Qué perdemos cuando perdemos la proximidad de los cuerpos?

Además de otras cosas, es un **recurso técnico** lo que perdemos en casos como el que señalamos. La palabra es un recurso privilegiado del que disponemos. Pero no es el único ni, ante ciertas situaciones, puede que sea el más potente. Nuestro cuerpo también es un recurso que tenemos... y muy poderoso.

7 de abril de 2021

Síntesis de los diversos materiales y reuniones mantenidas por los equipos de coordinación de los cursos y módulos de la Escuela Área 3

¹ Aunque “no es lo mismo hablar sin mirar unos ojos” (Extraído del periódico El Salto, una paciente). Suele pasar que cuando se habla al grupo, como la propia figura aparece en la pantalla, dependiendo de la configuración visual que se tenga, se habla a la propia figura en la pantalla. Uno habla a los demás mirándose a sí mismo hablar.

ANEXO

PRESENTACIÓN LÍNEAS DE INVESTIGACIÓN

El equipo de coordinadores de nuestra Escuela elaboramos el pasado abril un documento (que esperamos sea publicado) en cuya primera parte se recoge con cierto detenimiento la gestión que hicimos en la Escuela ante la declaración de estado de alarma por la pandemia del Covid-19, y el pasaje que hubimos de efectuar de la formación presencial, como la veníamos realizando, a la formación “on line”.

Es importante este pasaje porque nos colocó a todos, alumnos, docentes y coordinadores ante una situación inédita. Se rompieron encuadres, desempeñamos roles no habituales, y visto desde ahora con una cierta distancia, creemos que pudimos encontrar el modo de sostener nuestros vínculos el tiempo necesario para efectuar la elaboración que requería este pasaje y poder así continuar el proceso formativo. Todo esto ha supuesto la posibilidad para todos nosotros de un aprendizaje distinto, práctico, imprevisto, de nuestro ECRO ante la catástrofe que estábamos viviendo: la adaptación, activa, a la situación de pandemia. También se nos abrió un campo para la investigación y el desarrollo de nuestro ECRO.

En el citado documento relatamos cómo organizamos los primeros pasos para tratar de reflexionar sobre lo que nos estaba aconteciendo, los primeros movimientos para disponer un plano de investigación sobre el significado y los alcances de este pasaje de la formación a lo virtual. Pero no dispongo de tiempo para detenerme ahora en ello.

Muy sintéticamente, podemos decir que se han venido definiendo dos líneas o ejes en las que pensamos puede proseguir nuestro trabajo de investigación. (A las que se añadiría una tercera que proponen Gladys Adamson y Hugo Monetti, con quienes compartimos nodo, y que expondrán a continuación).

La primera de estas dos líneas gira en torno a la pérdida de la presencia corporal. Resulta fuerte la afirmación de que “si no es presencial no es grupo operativo”. Nos preguntaríamos entonces cuál es el papel que juega el cuerpo en los grupos y qué diferencias encontraríamos u observaríamos como coordinadores al reunirnos en el espacio virtual. Es decir, ¿hasta dónde la experiencia virtual desnaturaliza la relación vincular?

Nos interrogamos sobre si la formación en un grupo operativo “on line” tiene como efecto que el aprendizaje, el discurso, sea menos afectivo, más racional, más cognitivo. ¿La ausencia de los cuerpos reduciría la expresión de la afectividad? ¿Necesitamos el cuerpo del otro para que nuestras emociones no caigan en el vacío, o para que no nos vuelvan como un boomerang?

En el ciberespacio, vemos y escuchamos la imagen y el sonido de los otros cuerpos, pero no hay ni puede haber contacto físico; nada sabemos de lo que nos transmite la presencia corporal del otro, su piel, sus ojos, su mirada, su olor... no podemos **sentir** al otro totalmente.

¿La presencia del cuerpo hace más real una “intimidad”? ¿Qué se pierde cuando perdemos la proximidad de los cuerpos?

En relación a esto, **la segunda línea que nos está interesando, trata de explorar el nuevo espacio que nos reúne, el ciberespacio, en sus posibilidades y dificultades como nuevo marco para la interacción** –el frame, según la formulación de Erving Goffman-.

Nos parece importante estudiar el contexto que ofrece la “mediación técnica” para la relación con los otros. Conocer las características propias del medio cibernético, qué tipo de interacciones son más favorecidas y qué otras se ven más dificultadas, porque hay diferencias con la modalidad presencial. La técnica acerca, si, pero también mantiene una distancia, porque... pensemos en la palabra, la palabra es, efectivamente, un **recurso** privilegiado del que disponemos, pero no es el único, ni ante ciertas situaciones puede que sea el más potente. Nuestro cuerpo también es un recurso que tenemos, y muy poderoso. Como decimos en el documento mencionado, pensemos qué ocurre cuando un bebé llora en la noche: ¿encuentra consuelo si le hablamos a través del walkie talkie que cuelga de la cabecera de su cuna, o tenemos que levantarnos y tratar de tranquilizarlo tocándole, abrazándole, dando con ello “cuerpo” a nuestras palabras? La mediación tecnológica no serviría para ciertas cosas, aunque parecería que para otras sí.

Entonces, entre las diversas cuestiones que se abren en torno a esta circunstancia, nos hemos preguntado si se producen modificaciones en la **capacidad de contención de los encuadres de trabajo** posibles en este espacio sin cuerpos, a diferencia de los encuadres presenciales; cómo pensar el encuadre como institución (Bleger) en el ciberespacio, depositario de los aspectos más indiscriminados de nuestra personalidad.

29 de mayo de 2021